

La crisis del lazo social (Durkheim, 100 años después)

Introducción (Emilio de Ipola)

El pensamiento de Durkheim deja ver de manera recurrente sus lazos de dependencia con la problemática filosófica y epistemológica “optimista” del siglo XIX. Los fundadores de la ciencia social emprendieron el prometedor programa de búsqueda científica de las leyes de lo social, y no sólo creyeron haberlas descubierto sino que además anunciaron al mundo que en esas leyes estaba inscrita la promesa de un destino venturoso para la humanidad.

Durkheim había soñado con una Francia, una Europa, un mundo, donde la solidaridad entre los hombres fuera el producto feliz de la expansión más amplia y más libre posible de las diferencias interindividuales y del carácter complementario de las funciones que cada uno, así afirmando en su individualidad, cumpliría. Se trataba de una promesa científica que en la realidad no se cumplía porque la carencia de un orden normativo, las luchas obreras, la intolerancia, el racismo, los crímenes y suicidios, debilitaban cada vez más el lazo social.

Pero esto no significaba el fracaso del proyecto científico de la sociología, porque estas situaciones eran concebidas por Durkheim como patológicas, y por ello había que proponer remedios para ellas, para lo que el sociólogo francés recurrió a una doble estrategia: por un lado, constituir ámbitos aptos tanto para el procesamiento de conflictos como para la afirmación de las identidades colectivas (para lo cual desarrolló su concepto de asociaciones profesionales), y por otro lado, reforzar las representaciones colectivas coaligantes (principalmente las de lo religioso), lo cual implicaba tornar ambiguo el pasaje desde la solidaridad mecánica hacia la solidaridad orgánica, puesto que en esta última estrategia se promovía la primera antes que la segunda.

Transitando por los márgenes: las transformaciones del trabajo y el debilitamiento de la ciudadanía (Ana María García Raggio)

La cuestión social patentiza en sus orígenes el divorcio entre un orden jurídico político fundado en el reconocimiento de derechos de libertad y un orden económico signado por la miseria y la indigencia: ese hiato permitió señalar por primera vez el lugar de lo social, como regulación y búsqueda de estrategias a partir de las cuales las sociedades podía mantener su cohesión y evitar las fracturas, lo que preocupó a los pensadores del siglo XIX, principalmente a Durkheim.

A comienzos de los años '80, cuando las disfunciones sociales parecían definitivamente conjuradas, ellas irrumpieron nuevamente en escena: pauperización creciente, desocupación estructural, migraciones masivas en busca de trabajo, entre otros, significaron el deterioro de formas de vida solidarias que amenazaban la capacidad de las sociedades de mantener cierta cohesión social.

Pero no se trata de un retorno de lo mismo, porque aunque ciertos aspectos tradicionales (pobreza, enfermedad, conflictos de trabajo) no hayan desaparecido, se les ha agregado una dimensión suplementaria que afecta al principio organizador de la integración social y de la solidaridad en la sociedad salarial: lo que ha mutado es el trabajo, porque la evanescencia de sus contornos no significa la superación del trabajo dependiente sino, por el contrario, el quiebre de una matriz institucional y material bajo la cual se habían configurado las formas de la sociabilidad y de la relación entre ciudadanía y Estado.

La nueva cuestión social no puede ser pensada únicamente desde las categorías de la explotación económica y la dominación: la nueva violencia es en primer lugar simbólica y se asienta en el sentimiento de “estar de más”: ello a su vez genera un mayor nivel de deterioro en las condiciones de los que aún conservan su trabajo. Se cierra así un círculo vicioso que requiere de nuevas políticas y de nuevos conceptos.

El quiebre actual de la matriz estadocéntrica (por la cual se habían conseguido los derechos de ciudadanía social y se había enriquecido el status de pertenencia a la comunidad a partir del status del trabajo como el fundamento de la dignidad) supuso una violenta redefinición del

concepto de lo público, a la vez que la omisión de actuar del Estado y el libre juego del mercado sometió a la sociedad a una dualización creciente.

Así, uno de los grupos queda excluido no sólo de la ciudadanía laboral sino también de la posibilidad del consumo, precisamente en un clima social que jerarquiza la capacidad de consumir, con lo cual el consumo es un gran dador de identidad y tiende a reemplazar la igualdad que la ciudadanía brindaba en términos de igual status. Y en general la regulación por el mercado impulsa un individualismo agresivo que desarticula los núcleos más profundos donde se producen las solidaridades, se conforman los patrones de valores y se construyen las identidades.

El desafío de construir nuevas identidades cuya realización permita establecer vínculos de pertenencia que eviten la fractura se torna imprescindible porque las actuales condiciones provocan una pérdida de confianza en la política y una profunda transformación en el ejercicio de la ciudadanía, ahora más visualizada en términos de realización privada que de participación efectiva en la vida pública.

La apuesta durkheimiana a la reconstrucción de la solidaridad y a la posibilidad de formas de vida democráticas no puede hacerse en la actualidad desde la falta de Estado, pues ello supone la hegemonía orgánica del mercado. Pero tampoco puede hacerse únicamente desde el Estado porque la tenaz labor institucional debe ser acompañada paralelamente por el accionar de aquellos ámbitos de los que brota sentido y se construyen representaciones colectivas coaligantes.

En este sentido, debe tenerse en cuenta que la solidaridad orgánica no es el mero juego de intereses particulares que se realizan en el mercado. Recuperar a un ciudadano activo que ejerce y busca ampliar sus derechos es apelar a una dimensión normativa. La construcción de identidades colectivas creadoras de solidaridad se imbrica en primer término con la posibilidad de un accionar que supere la segmentación y la mera resistencia y, en segundo término, de un accionar que se posicione como interlocutor válido en la diagramación de las políticas públicas y como voluntad política para la participación.

Lazo social, don y principios de justicia: sobre el uso del capital social en sectores medios empobrecidos (Gabriel Kessler)

Los nuevos pobres en la Argentina (integrantes de las clases medias que ingresan en el territorio de la pobreza) tienden a movilizar el capital social acumulado en el pasado con el fin de obtener bienes y servicios, conformando redes sociales como recursos estratégicos en cuya particular implementación se van configurando tramos de sentido de la experiencia de pauperización. En efecto, al intentar transformar relaciones de larga data en eventuales prestadores de bienes o servicios, imaginar formas de contratación convenientes y construir una justificación legítima, van estableciendo las bases de un nuevo microuniverso normativo con un peso considerable en sus acciones.

Cuando alguien necesita algún tipo de bien o servicio al que ya no puede acceder en condiciones corrientes de mercado o por su obra social, examina sus relaciones hasta encontrar eventuales proveedores en condiciones ventajosas, con lo cual circula una amplia gama de bienes y servicios, pero se excluyen aquellos más ligados a la supervivencia (comida, ropa, autoconstrucción, ayuda hogareña), habituales en las redes de los sectores populares. Así, más que estrategias de supervivencia, las consideramos de tipo adaptativa, cuyo objetivo común es resguardar o substituir prácticas habituales ante el cambio de la situación socioeconómica familiar.

Los trabajos sobre redes familiares señalan la polifuncionalidad de las relaciones (una ayuda hogareña se transforma en sostén moral y puede luego dar lugar a asistencia financiera), pero por el contrario, las redes de los nuevos pobres se caracterizan por la especialización: cada contacto brinda un bien o un servicio determinado.

Además, la interdicción de circular que afecta a la ropa y la comida (entre otras necesidades básicas) es testimonio de los límites normativos de las redes: no pueden aceptarse aquellos bienes cuya alta carga simbólica denotaría una intromisión del exterior en la organización familiar cotidiana. Para el frágil equilibrio de los nuevos pobres, es esencial seguir manteniendo intacta a

la familia como capaz de satisfacer por sus propios medios un núcleo de necesidades básicas; de esta manera evitan el sentimiento de vergüenza. A diferencia de los sectores populares, la reciprocidad está omnipresente en estas transacciones, pero como reciprocidad indirecta. Es decir, como un don que nunca es un primer don, sino que se inscribe en una cadena de dones que ya ha comenzado. Así parecen considerar la situación los empobrecidos. Ellos ayudaron cuando pudieron, y, por eso, hoy reciben legítimamente. No dudan tampoco que sus donantes de hoy hayan sido receptores en el pasado y que seguramente lo serán en el futuro. El don, así definido, sería un componente habitual de la sociabilidad.

La red social que establecen los nuevos pobres no tiene como objetivo la supervivencia mediante intercambios fuera del mercado (como pasa con los sectores populares) sino en la adaptación a la crisis a través de la flexibilización de los intercambios de mercado. Y al flexibilizar las reglas del mercado, el dador está aceptando no mercantilizar sus competencias o sus bienes, ya sea en forma total (cuando hay gratuidad) o parcial (cuando se rebajan precios o se acuerdan plazos). Los beneficiados no piden a sus donantes pruebas explícitas de adscripción a tales principios, pero si un gesto perturba esa comunidad, si sienten el desprecio, el cansancio o la condescendencia, o dicho de otro modo, cuando no se respeta su status, tienden a suprimir la circulación de bienes y con ella, toda relación.

Identidad y lazo social (una lectura de Robert Castel) (Emilio de Ipola)

Las regulaciones hilvanadas en torno del trabajo asalariado han perdido hoy su poder integrador. De la sociedad preindustrial a la sociedad postindustrial se ha operado un vuelco total. La vulnerabilidad había nacido del exceso de imposiciones restrictivas y, por lo común, también represivas (legislación contra los vagabundos o trabajo obligatorio, por ejemplo); ahora es en cambio suscitada por el debilitamiento de las protecciones instituidas.

En efecto, por una parte, los dispositivos tradicionales generadores de solidaridad parecen haber entrado en una fase de desintegración irreversible. Esos dispositivos estaban basados sobre un sistema de protecciones sociales: la solidaridad se fundaba sobre la mutualización creciente de los riesgos sociales, de modo tal que el Estado social era una suerte de “sociedad aseguradora”. Ahora bien, hoy asistimos a un proceso de erosión acelerada de los mecanismos en que se basaba ese tipo de sociedad: podemos cuestionarla a partir de factores como la evolución demográfica, la separación creciente entre quienes cotizan y quienes tienen derecho a los seguros sociales, y un conocimiento más certero de las diferencias entre los individuos y los grupos.

En segundo lugar, la idea tradicional de los derechos sociales se revela hoy en día inoperante para abordar el problema central de la desafiliación. En efecto, el Estado de Bienestar tradicional funcionaba como un Estado compensador ante anomalías de un crecimiento económico sostenido, pero en un contexto de desempleo de masas y de incremento inédito de la exclusión, esta concepción de Estado social como compensador de situaciones anómalas pero temporarias se ha vuelto por completo inadecuada. Para analizar posibles respuestas a esta crisis, Castel examina las políticas que apuntan a la creación de nuevos empleos, y que reposan sobre la idea de que existen importantes “yacimientos” inexplorados, y las políticas que buscan reducir los estragos de la desigual distribución de los ingresos. Sobre las primeras, afirma que se trata de paliativos como respuestas provisionales a situaciones extremas. Y sobre las segundas, plantea que requieren para ser viables la previa solución de problemas más sustantivos. De esos problemas, el principal, para Castel, radica en la necesidad pero también en la dificultad, de proceder a una mejor repartición de ese recurso escaso que es el trabajo. Allí reside, según el autor, la posibilidad de una respuesta lógica y no coyuntural a la situación actual. Esta respuesta no es inviable pero existen complejos escollos que deberá enfrentar toda tentativa seria de ponerla en discusión.

En primer lugar, porque, el trabajo concreto es cada vez menos un dato cuantitativo e intercambiable que se mide sólo en términos de tiempo de presencia, y en segundo lugar, porque los trabajos socialmente reconocidos están lejos de ser un conjunto homogéneo: al contrario, en gran medida, son a la vez irreductibles los unos a los otros, e interdependientes. “Su” repartición plantea por ello problemas técnicos especialmente difíciles (aunque no insuperables). La

repartición del trabajo es para Castel el medio directo para acceder a una redistribución efectiva de los atributos de la ciudadanía social y así a una cohesión social.

Pero el enfoque de Castel no incluye adecuadamente el modo en que la sociología en sus orígenes planteó y dio respuestas a “su” cuestión social. Se trataba entonces de reinventar el lazo social, legitimando e incluso promoviendo las formas más o menos espontáneas de agregación de los intereses surgidas en esos años y, más generalmente, instituyendo instancias estables de mediación y regulación entre el individuo y el Estado. De ahí el interés de Durkheim en el sindicalismo, ya que era el principal “medio” entre la nueva identidad social del trabajador, identidad destinada a desempeñar un papel decisivo en el funcionamiento y la transformación de la sociedad de la época. Pero hoy, la identidad basada sobre el trabajo ha dejado de tener ese rol protagónico: nuevas formas de sociabilidad buscan su lugar en el espacio social. Si bien son fundamentales los problemas de desempleo, vulnerabilidad y exclusión a los que se refiere Castel, se requiere ahora de un diagnóstico más complejo que tenga en cuenta la emergencia de identidades múltiples, algunas rígidas y permanentes, otras evanescentes y efímeras, pero todas ellas irreductibles a las identidades tradicionales.

La naturaleza de la acción moral (Ernesto Funes)

Para Durkheim, la sociedad es antes que nada una comunidad moral, es decir, una unidad simbólica y normativa, un conjunto de instituciones y pautas de conducta y acción, que configura a las personalidades individuales, otorgándoles la experiencia de su pertenencia a una totalidad trascendente e inabarcable por las conciencias individuales, pero activa, eficaz en sus permanentes intervenciones reguladoras.

Por medio de la moral, el individuo experimenta la eficacia del poder de la vida en común, y la magnitud de las fuerzas que se generan mediante la asociación, la integración y la solidaridad sociales.

Por medio de la moral, la sociedad aparece y se impone en su continua presencia, se manifiesta como el producto de la interacción colectiva, y como conjunto de reglas que permiten la coexistencia de la pluralidad e voluntades individuales diversas.

Creencias y sentimientos comunes, fuertemente arraigados, por un lado; reglas de cooperación entre individuos y grupos funcionalmente diferenciados, por el otro: tales son los fundamentos de los dos mecanismos de la integración colectiva y de la racionalidad normativa.

Esta concepción del mundo social como dotado de una racionalidad nosubjetiva, interindividual, colectiva, expresada en el criterio de la norma moral, está asociada en la mayoría de las obras de Durkheim con la concepción de coacción natural, dado el abordaje positivista y objetivista del autor. Para hallar los fundamentos de una teoría de la acción moral es preciso dejar de lado esos presupuestos que sustentan análisis de procesos colectivos impersonales, y desplazarse hacia los últimos trabajos de Durkheim, donde la comunidad moral es retraducida como “comunidad simbólica”.

La pregunta de por qué actuamos moralmente es contestada allí de la siguiente forma: actuamos moralmente porque actuamos con otros, por ser parte de una sociedad y porque ella nos ha formado y da sentido a nuestras acciones. Por eso nuestras acciones morales no se orientan a nosotros mismos ni a otros individuos singulares aislados. Al actuar moralmente, nuestra acción se dirige a la totalidad de la que formamos parte. Ése es el contenido de las acciones que fija la norma moral, y ésa es su dirección. Actuar moralmente es sujetarnos a las normas de la vida en común, dotadas de la portentosa autoridad que proviene de una intersubjetividad compartida, que nos sostiene y trasciende.

La educación, los jóvenes y la Argentina actual: preguntas desde Durkheim (Alejandra Martínez)

La educación es para Durkheim la acción ejercida por las generaciones adultas sobre las todavía inmaduras para la vida social, acción que tiene por objeto suscitar y desarrollar en el niño

cierto número de disposiciones físicas, intelectuales y morales que le exige tanto la sociedad política en su conjunto como el medio especial al que está particularmente destinado.

De tal modo, la educación no puede entenderse sin un contexto social, pero, por otra parte, una sociedad no puede subsistir si no es a través de la acción educativa. Puede establecerse por tanto como premisa que los fines de la educación son sociales y, a su vez, que los cambios sociales transforman los sistemas escolares.

En cuanto a los factores que han influido en el cuasi colapso del sistema educativo en la Argentina actual, en primer lugar podemos referirnos a la inexistente igualdad de oportunidades que atenta contra la posibilidad de la educación de responder a los requerimientos básicos de una sociedad democrática.

En segundo lugar, la escuela no se adecua a las reales necesidades de los jóvenes en atención a las competencias que el mundo del trabajo les exige, que no consisten sólo en una preparación sino en la integración de las generaciones jóvenes a la sociedad y al conocimiento de su cultura.

Tercero, los docentes se encuentran mal capacitados, pero además, y fundamentalmente, mal retribuidos y desgastados física y psíquicamente por tener que recurrir a excesos de horas de cátedra para compensar los bajos ingresos.

Otros factores que gravitan negativamente son la permanencia de planes y programas anacrónicos en épocas de rápidos cambios de la sociedad, y, concomitantemente, las dificultades para efectuar la trasposición al aula de los nuevos avances en las ciencias, por falta de presupuesto o de equipamiento, o por el atraso tecnológico.

Las propuestas en educación deberían plantear un pacto educativo, deberían en particular formular políticas de Estado en cuanto al aumento de la inversión y la reasignación de recursos; deberían asimismo auspiciar una clara participación de la sociedad y de la comunidad educativa al servicio de las organizaciones escolares y promover la consulta permanente a las familias.

Se impone una preocupación estratégica y real para que la educación no divida la sociedad argentina sino que sea integradora y reductora de desigualdades. Para que en este fin de siglo de futuro incierto la equidad sea una promesa viable para los jóvenes.

La crisis de la representación política en el fin del siglo XX: una mirada desde Durkheim (Guillermo Ruiz)

La crisis de la representación política consiste en una falta de compromiso por parte de los ciudadanos con las instituciones políticas; en una falta de identificación política por parte de los electores; en el aumento del número de indecisos de cada elección; en diferencias tenues – e incluso artificiales – entre los partidos políticos, que muchas veces se alejan de sus ideologías fundantes; en una mayor distancia entre los gobernantes y la ciudadanía, la que es a su vez caracterizada como “apática”.

En una sociedad organizada en torno al mercado, se instala una mentalidad de intercambio que atraviesa todas las esferas de la vida social y las relaciones entre los hombres, pero el establecimiento de sociedades duales trae aparejadas consecuencias muy graves para la articulación y cohesión sociales, sobre todo por los distintos ritmos que se establecen en el proceso de evolución de los sectores sociales. Se generan diferentes y múltiples lógicas de funcionamiento en los distintos ámbitos de la vida social que dan lugar a la conformación no sólo de velocidades distintas sino también de espacios diferentes.

En este marco, donde no existe una correspondencia funcional entre la economía, la cultura, la educación y demás áreas, la propia política pierde centralidad como organizadora del conjunto de los diversos procesos y acciones sociales y pierde fuerza en su capacidad vinculante entre lo que es distinto.

En este punto se torna necesaria la refundación de una nueva solidaridad y, si se quiere, de una nueva moral cívica, que permitan la rearticulación entre lo político y lo social de modo de garantizar la cohesión social y el pleno ejercicio de los derechos sociales obtenidos por parte del conjunto de la población, a pesar de sus diferencias y también a pesar de los cambios acontecidos en los sistemas de representación.

En este sentido, aún es válida la siguiente idea de Durkheim: “construir inmediatamente un orden estable sobre los cimientos intelectuales de la modernidad, hasta tanto los valores de la ciencia y los de la democracia liberal se enraizaran en configuraciones sociales tan sólidas y cohesionantes como aquellas antaño fundadas en los pilares de la religión y la familia, y estuvieran imbuidos del respeto moral de que esas instituciones gozaron entonces”.

Usos de Durkheim en el análisis de las sociedades postajuste: las investigaciones sobre juventud en América Latina (Ana Wortman)

La forma que ha ido adoptando el capitalismo en los últimos veinte años, y el lugar marginal de América Latina en el contexto internacional, han acentuado los problemas estructurales de estancamiento y miseria. Los indicadores demográficos, de salud pública, contaminación ambiental, desorden urbano y la crisis del Estado, así como la regresiva distribución del ingreso han provocado serios procesos de desorganización social, generando miedos y profundos sentimientos de inseguridad social.

El fenómeno de la desocupación ha producido una masa de gente en estado de disponibilidad de escasa integración social y con un deterioro profundo del autoestima, perdiendo sentido la búsqueda de nuevos horizontes y la construcción de nuevos proyectos. El sinsentido que genera la sensación de haber estudiado o trabajado para una sociedad ya inexistente lleva a la gente a proyectar en el plano de la seguridad sus temores y miedos en una coyuntura histórica plena de incertidumbre.

Allí los jóvenes como imagen de lo nuevo, de lo por venir, están asociados a un mundo detestable y difícil de comprender, impugnador de los valores en los que fuimos socializados y de nuestros proyectos de vida. Los jóvenes son entonces los depositarios de la acentuación de los prejuicios raciales, del desinterés por la política, las utopías, la apatía, el consumismo, la delincuencia y el crecimiento de la drogadicción.

De ahí que los jóvenes en la escena social contemporánea se caractericen por constituir un ámbito en el cual emergen conductas desorganizadas, disruptivas e impugnadoras de los modelos de socialización convencionales. En este sentido es que la situación de los jóvenes se vincula con el concepto de anomia, que según Merton es un síntoma de disociación entre las aspiraciones socialmente prescritas y los caminos socialmente estructurados para llegar a dichas aspiraciones. Frente a esta situación, según Parsons, los jóvenes se organizan para resistir la anomia y la crisis personal, elaborando una subcultura que les permite reparar en el juego de las orientaciones contradictorias, de reducir la anomia, y de crear espacios de desvío tolerado que reemplazan las funciones de regulación del sistema.